

Alberto selló con sus labios la blanca frente de Margarita, estrechó de nuevo las manos de su madre, y salió con el corazón comprimido y lleno de admiración hacia aquella noble é infortunada joven.

CAPÍTULO SEGUNDO

BENEFICENCIA

El Barón de Medina vivía en el gran mundo hacía ya mucho tiempo; tenía casa en Madrid, pero había ido á su ciudad natal atraído por el deseo de ver á su familia, cuyos únicos restos eran una tía, anciana y muy rica, pero solterona, de duro corazón y enemiga mortal de la pobre Valentina. De ésta nada ó casi nada sabía Alberto; pero su tía le inició pronto en su historia, pintando á la joven con los colores más odiosos; mas el generoso corazón del Barón sólo comprendió, de aquel largo relato, que una parienta suya vivía en la indigencia, y ya se ha visto que la buscó en seguida.

El Barón estaba entonces preocupado por una intriga amorosa, en la que, sin embargo, no tomaba parte alguna su corazón, que conservaba completamente libre, á pesar de vivir en medio de los placeres del mundo. Un año antes había aparecido en Madrid una hermosa y adorable joven, la Marquesa de Santa Fe. Su belleza, rara por su sencillez y su total ignorancia de toda coquetería, le atrajo una nube de adoradores; pero acababa de casarse, y aunque se conocía fácilmente

que no estaba apasionada de su marido, era buena, altiva y le profesaba una tierna amistad. Vanas fueron, pues, todas las seducciones de que el mundo la rodeó. Isabel, presintiéndose débil quizás, se encerró en su casa, y desapareció de los paseos, teatros y salones, donde era tan bien recibida; pero ocultó á su esposo la verdadera causa de su retiro, justificada en parte por el mal estado de su salud.

Aquella joven era víctima de una lucha cruel. Entre la turba de amadores que la rodeaba, uno había sabido fingir mejor que los demás: era el más hermoso, el más joven, el más noble y seductor de todos, y encendió en el corazón de la Marquesa la llama voraz que no había sentido nunca; mas la paloma herida huyó á su nido para no mostrar en los ojos su dolor. En vano el Barón, lastimado en su orgullo y perseguido por las burlas de sus amigos, la buscó por todas partes: después de inauditos esfuerzos, supo que estaba encerrada en su casa, y consiguió que le presentasen en ella; pero la Marquesa, unas veces no recibía, otras había salido, y otras, en fin, estaba indispuesta.

Desesperando ya de verla, la escribió varias cartas, pero no obtuvo respuesta alguna.

Y no obstante, en medio del esplendor que la rodeaba y de las más tiernas atenciones que continuamente le prodigaba su esposo, la Marquesa de Santa Fe se moría: una fiebre activa como el

veneno discurría por sus venas y destruía uno por uno todos los órganos de su existencia.

Alberto salió para París á principios de estío y permaneció en él algunos meses; durante este tiempo, olvidó enteramente á Isabel; y al volver á Zaragoza, su único designio fué ver á sus parientes, y visitar el inmenso patrimonio que poseía en Aragón; mas allí, lejos de los placeres y conquistas que le habían distraído en la corte de Francia, y en la tranquilidad de una pacífica ciudad de provincia, la imagen de la Marquesa vino de nuevo á su memoria, y volvió á escribirla.

Entre tanto veía á Valentina todos los días. La sociedad había enfriado aquél corazón, pero no había arrancado las semillas de honor y de virtud que Dios depositara en él. La joven vió cambiarse su suerte á favor de un benéfico, aunque desconocido influjo: todos los días le traían labores fáciles y delicadas, pero pagadas á muy subido precio; ya era una rica mantilla de encaje, que conservaba el aderezo de la fábrica, pero á la que un alfiler había hecho un pequeño rasguño; ya una camisa de fina batista, á cuyo bordado se había descompuesto una flor; ya una cofia de Valencienes, que había quemado ligeramente la plancha de una torpe camarera: todas estas obras eran precedidas ó acompañadas de gruesas sumas que proporcionaban á Valentina y Margarita la comodidad y el bienestar.

Con esta exquisita delicadeza, evitó Alberto á la

pobre joven la cruel humillación de recibir, que para las almas de su temple es más dolorosa mil veces que morir de miseria. Pero ¡ay! que el remedio llegaba harto tarde... La desdichada había agotado en dos años todas sus fuerzas físicas, y su endeble organización sucumbía destruida por tan largos sufrimientos. Veíala desfallecer Alberto con profunda aflicción, y hubiera dado la mitad de su vida por salvar á aquella infeliz joven, á la cual le unía un cariño enteramente fraternal.

Un año se paso así. Tampoco había contestado la Marquesa á la carta que Alberto le dirigiera, y éste, herido vivamente en su orgullo de hombre de mundo por una resistencia tan obstinada, y ansiando vengarse en lo posible, la escribió á manera de despedida, llenándola de insolentes sarcasmos, sin sospechar siquiera la heroica virtud de aquella mujer. Algo más tranquilo después de dar este desahogo á su vanidad mortificada, fijó por entonces su residencia en Zaragoza, decidido á cerrar los ojos de Valentina, y á encargarse de la inocente y preciosa Margarita.

Un día que estaba vistiéndose para dar un paseo á caballo por las frondosas alamedas del Carmen, entró su ayuda de cámara con una carta: sin tomarla de la salvilla de plata en que se le presentaba, hizo seña al criado de que la dejase sobre una mesa.

—Tengo el honor de advertir al señor Barón—dijo el doméstico—que esta carta no es del co-

reco, y que el hombre que la ha traído espera la contestación.

—Dámela, pues—dijo Alberto; y rompió el sello, en el cual aún no había reparado: lo formaba una corona de Marqués impresa en lacre negro.

Palideció el joven al verlo, y llevó la mano al corazón, comprimido por una opresora angustia.

La carta, escrita con caracteres rectilíneos que delataban un alma enérgica, estaba concebida en estos términos:

«Isabel ha muerto, y usted es su asesino: la carta que le dirigió y que he encontrado en vez de mi esposa, al volver de un largo viaje, me lo dice así; y me lo asegura también otra carta escrita de mano de la víctima, en que me confiesa que la mata un amor que no ha podido vencer... No acuso á Isabel... sé que ha subido al cielo mártir é inocente, pero necesito la vida de usted. Dentro de dos días le espero al pie del Monasterio de Piedra edificado á espaldas del Moncayo. Nos batiremos á muerte y sin testigos, y ya muera ó le sobreviva, juro á usted que he de grabar en su corazón, con la punta de mi puñal, el nombre de Isabel, para que no vuelva á olvidarlo jamás.

EL MARQUÉS DE SANTA FE.»

Brillaron los ojos de Alberto; dirigióse á una mesa, y escribió en una hoja de papel estas solas palabras:

«Iré.

EL BARÓN DE MEDINA.»

Entrególa al criado, se atusó el pelo, apretó delante de un espejo el lazo de su corbata, y salió para montar á caballo, tarareando una arieta; pero su frente estaba pálida y sus ojos brillaban con siniestro resplandor.

CAPÍTULO TERCERO

¡Á MUERTE!

Dos días después, á la hora en que el sol ha llegado á la mitad de su carrera, un hombre vestido sencillamente bajaba de un coche de camino, en el centro de un frondoso bosque, por entre cuyos árboles se divisaban las torres de un monasterio; miró alrededor, y se alejó lentamente de aquel sitio, internándose más en el bosque; el cochero estaba instruido, al parecer, porque se acomodó en el pescante, sin mirar á su señor, y permaneció inmóvil, sin soltar las riendas.

El paseante era un hombre de veintiocho á treinta años, á lo sumo; sus facciones nobles y altivas eran muy pronunciadas; tenía los ojos grandes y pardos, pero hundidos, sin duda, por grandes sufrimientos físicos, que se leían también en su demacrado semblante; eran hermosos sus cabellos castaños, pero ¡cosa extraña! veíanse mezcladas en ellos muchas hebras de plata: diríase, al verle, que algún agudo pesar había matizado de nieve aquellos abundantes rizos, que ostentaban toda la riqueza de la primera juventud. Caminaba sumergido en algún doloroso pensamiento, á juzgar por el convulso movimiento

de sus cejas, que formaban una ancha cinta negra al unirse por un estremecimiento nervioso.

El ruido de otro carruaje le sacó de su distracción: entonces apresuró algo el paso y se acercó á su coche, del que tomó una preciosa caja de pistolas.

El segundo carruaje paró á poca distancia del primero, y un gallardo joven saltó de él, llevando en la mano una caja parecida á la que tenía el que esperaba; después echó á andar hacia éste, y saludó levemente con la cabeza al llegar á su lado. El hombre de las cejas negras le devolvió el saludo, y ambos se internaron en el bosque, parándose en una eminencia á cuyo pie se elevaba el Monasterio.

—¿Le parece á usted bien este sitio, señor Barón?—preguntó al hermoso joven, su taciturno compañero.

—Me es igual cualquiera que sea del agrado de usted—contestó alegremente Alberto.—Los aragoneses amamos lo mismo nuestros bosques que nuestras praderas, porque son igualmente hermosos.

—Á mí también me es indiferente el paraje en que voy á morir ó á matarle—repuso el Marqués de Santa Fe con fría calma;—porque ya sabe usted—añadió clavando su sombría mirada en el rostro del Barón,—ya sabe usted que el duelo es á muerte.

—Lo sé.

—Vamos, pues.

El Marqués abrió su caja, y la presentó al Barón.

—Examínelas usted—dijo.—No he querido testigos, y tenemos que hacer nosotros lo que ellos debían haber hecho.

Alberto apartó suavemente la caja.

—No desconfío de usted, Marqués, aunque le he ofendido mucho—dijo con apacible sonrisa.—Mire usted mis armas, si le acomoda así, aunque lo creo inútil: ningún daño me ha hecho, y por lo tanto, me debe creer leal.

El Marqués, por única respuesta, se quitó el gabán y el chaleco y deshizo el nudo de su corbata, arrojándolo todo sobre la yerba; cuando se alzó con la pistola en la mano, vió á Alberto en la misma actitud; el pecho del joven estaba únicamente resguardado por la fina y transparente batista de su camisa.

—¿Cuántos pasos me retiro, Marqués?—preguntó sin perder la serenidad su morena frente, ni la sonrisa su seductora boca.

—Diez.

Alberto contó diez pasos, detúvose y se volvió.

Su enemigo apuntaba ya, y él le imitó. Salieron á un tiempo los dos tiros, que fueron á estremecer á los cocheros en sus asientos, pero sin hacerles mover.

El esposo de Isabel vió caer á su enemigo, y sus ojos brillaron; vió también rodar la pistola

sobre la yerba, y teñirse ésta de sangre, mientras él permanecía ileso, porque la bala de Alberto pasó silbando por encima de su frente y fué á herir el tronco de una vieja encina, y la suya quedaba encerrada en el pecho del joven.

Un momento permaneció inmóvil, pálida la frente, y mirando fijamente al Barón tendido en el suelo; después se acercó rápidamente á él, pero ya se había incorporado sobre un brazo.

—Joven—dijo el Marqués,—no ha querido usted herirme, y ya le he dicho que nos batimos á muerte; ¿lo oye usted? ¡á muerte!... No quiera usted, pues, que le asesine. ¿Puede usted levantarse?

—Sí, como me ayude usted un poco—contestó el Barón con voz firme y reposada; y apoyándose en el brazo de su enemigo, consiguió ponerse en pie.

—Déme usted la otra pistola, Marqués, se lo suplico—dijo, llevando con un movimiento doloroso sus dos manos al costado derecho,—y perdone que le moleste, porque no puedo bajarme.

El esposo de Isabel le puso en la mano la segunda pistola, y volvió á alejarse.

—¡Oh, Dios mío!—murmuró Alberto, elevando al cielo sus ojos;—¡recibidme en vuestro seno, y tened piedad de Valentina y Margarita!

Y disparó; pero la bala fué á tronchar aquella vez la copa de la nudosa encina, cuyo tronco estaba ya herido. Escapóse un gemido de su pecho,

y volvió á caer; la bala del Marqués había abierto una ancha herida en su frente, y después salió silbando por detrás de su cabeza.

El pobre joven quedó inmóvil y yerto; sin embargo, aún entreabrió los ojos al sentir cerca de su semblante el abrasador aliento de su enemigo.

Desgarró éste la camisa del herido, sacó un afilado cuchillo, y trazó sobre aquel corazón, que casi no latía ya, el nombre de Isabel en gruesos y sangrientos caracteres.

Escapóse un suspiro de aquel pecho herido: los ojos del infeliz joven quedaron entreabiertos é inmóviles y sus manos heladas.

—¡Duerme en paz!—dijo el Marqués, contemplándole con sombría mirada;—he vengado á Isabel, y he cumplido mi juramento... ¡El duelo ha sido á muerte!

Al acabar estas palabras, se puso la corbata, se abrochó el gabán y se dirigió rápidamente hacia su carruaje; al pasar junto al cochero del Barón, se paró un instante.

—Ve á buscar á tu amo, que te espera—dijo, y subió á su coche, que partió veloz como una flecha.

El doméstico se encaminó rápidamente al lugar del combate; inclinóse sobre su señor y acercó su mejilla á la entreabierta boca del Barón.

—¡Gran Dios! ¡Muerto!—exclamó, levantándose con los ojos llenos de lágrimas, y tomando al joven en sus robustos brazos para llevarle al coche.

CAPÍTULO CUARTO

DESGRACIA

Un mes había transcurrido apenas desde el día en que tuvo lugar, no el combate, sino la terrible venganza del Marqués de Santa Fe. Era un hermoso y apacible día de Febrero, y los árboles parecía que cobraban la vida, como la campiña el verdor y las flores: diríase que los cálidos rayos del sol prestaban á la siempre heroica ciudad más animación y alegría que de costumbre.

En un gabinete de una preciosa casa situada en la calle del Coso, había, sin embargo, un joven calentándose junto á una chimenea, en la que ardía un abundante fuego: parecía muy enfermo; sus grandes ojos negros eran mayores por la extremada flacura de su semblante; éste estaba cubierto de una extraordinaria palidez, y sus labios, de un dibujo lleno de gracia, secos y descoloridos.

Era el Barón de Medina, que no había muerto, como creyó su despiadado enemigo; pero al dejarle aquel soplo de vida, le había castigado con más crueldad que si le hubiera dado la muerte.

En breves días se había casi agotado el sufrimiento de Alberto. Al saber la muerte de Isabel,

brotó en su alma el remordimiento más amargo: era uno de aquellos seres que no han menester jueces ni verdugos en la tierra, porque ellos mismos se juzgan y castigan, acaso ¡ay! con sobrada crueldad.

A la verdad, sólo la mano de Dios había salvado su vida, puesto que él se entregó al ciego y desesperado furor de su enemigo; ni aun quiso defenderse, y opuso resignado su pecho al golpe mortal. Pero todas estas consideraciones se borraban de su imaginación ante este desolador pensamiento: ¡«Ella ha muerto, y yo, que soy su verdugo, existo todavía!»

En un instante de vértigo, envió á buscar al Marqués para rogarle que le matase; pero los criados se volvieron sin encontrar el menor indicio de su persona.

Era, en efecto, imposible que le encontrasen: quince días después de su duelo con el Barón, tomó el hábito de religioso en el mismo Monasterio, testigo mudo de su venganza, y encerró en su recinto la aguda pena y el roedor remordimiento que empezaban á martirizarle.

Un hermoso niño, hermano de su esposa, á quien amaba con entrañable afecto, había desaparecido también de su casa de Madrid: éstos fueron todos los informes que pudo tomar Alberto de su enemigo.

Aquellos dos hombres habían sido dotados por el cielo de sus más ricos dones; y no obstante, el

mundo había hecho de ellos los dos seres más infelices. En aquel hermoso día en que la ciudad entera parecía sonreír, y en que nosotros comenzamos este capítulo, el uno de ellos regaba con llanto el pavimento de piedra de una iglesia y el otro se rendía bajo el peso de su dolor en el fondo de un elegante gabinete. ¿Quién era el más desgraciado? ¿Quién el más culpable? ¿Sólo Dios pudiera decirlo!

Largo rato hacía que Alberto permanecía con la mirada vaga y el pecho oprimido; de repente le sacó de su doloroso letargo un confuso rumor de llanto y voces, y antes que pudiese informarse de su ayuda de cámara que estaba presente, se abrió con estrépito la puerta, y una mujer de edad madura entró presurosa.

—¡Marcela!—exclamó el joven reconociendo en ella á la criada que él mismo había colocado en casa de Valentina.—¿Qué es lo que sucede?

—¡Ah, señor Barón!—dijo la pobre mujer llorando.—¡Mi señora se muere!...

—¡Cómo! ¿qué dices?—exclamó Alberto poniéndose en pie á pesar de su debilidad.

—Que la señora está agonizando—repitió Marcela sin dejar de llorar:—hace ya tres días que se confesó, y ella misma pidió ayer la unción; pero no ha permitido que avisara á V. E. por estar tan malo.

—Roberto, que pongan pronto el coche—dijo el joven á su ayuda de cámara, que le miró asom-

brado, pero que, sin embargo, salió presuroso. En seguida volvió á decir á su señor que el carruaje estaba dispuesto. Ayudóle á bajar la escalera, le abrió la portezuela, y apenas cerrada, partió el carruaje rápidamente. Pocos momentos después estaba el Barón en el aposento de Valentina.

Al verse ambos jóvenes, hicieron un movimiento de espanto, porque hubiera sido difícil decir cuál estaba más enfermo de los dos. El Barón se dejó caer extenuado de fatiga en una silla que había á la cabecera del lecho de Valentina, mientras que ésta se incorporaba penosamente.

—Alberto—dijo con débil voz;—en este momento supremo, Dios ha enviado un rayo de luz á mi alma para que, antes de morir, conociese todo lo que te debo... Sí, ahora es cuando comprendo tus beneficios y el valor de la nobleza con que me los has hecho.

—Por Dios, Valentina—interrumpió el Barón,—no me hagas sufrir así; no hables de morir... ¡eres tan joven todavía! Créeme, aún puedes ser dichosa, y...

Una triste y resignada sonrisa pasó por los labios de la madre de Margarita.

—Mi vida se ha gastado con los sufrimientos—dijo:—los dos últimos años de ella los debo á tu piedad... Ahora, Alberto—prosiguió,—ahora espero de ti un bien, mayor que todos los que me has dispensado.

—Habla, habla, Valentina—exclamó el Barón al ver que la joven se interrumpía y clavaba en él una mirada de ansiedad;—te juro que cumpliré tus deseos.

—Mi hija... mi hija... que queda sin amparo... en la tierra...—murmuró la pobre moribunda con voz débil é ininteligible ya.—Ten piedad... de ella... Alberto.

El joven tomó cariñosamente en sus brazos á Margarita y se sentó de nuevo á la cabecera del lecho.

—Yo te juro, Valentina, por la memoria de mis padres—dijo,—que velaré siempre por esta niña, y que en ella se concentrarán de hoy más todos los afectos de mi corazón. ¡Oh, Margarita mía!—prosiguió, estrechándola fuertemente contra su seno, mientras que la inocente lo miraba sonriéndose.—¡Mi querida Margarita, tú serás mi redención en la tierra! Dios me perdonará una falta, cuyo recuerdo me mata, por lo mucho que te amaré.

—Toma esta carta... y dásela el día que cumpla diez y siete años...—dijo Valentina alargando al Barón una carta cerrada que éste tomó y guardó en seguida.

—¡Bendito seas!—murmuró la joven dejándose caer casi exánime; mas incorporándose de súbito, alargó sus brazos á Margarita. Alberto puso en ellos á la niña, y la moribunda acercó sus labios fríos ya á la pura frente de su hija, dejando en aquel beso su postrer aliento.

—Mamá, mamá, no te duermas; mira que está aquí mi tío—dijo la niña, acercando su rostro infantil al semblante de su madre.

Alberto, más pálido y más desfigurado que la que acababa de expirar, separó á Margarita de aquel lecho, y bajó la escalera sin soltarla de los brazos.

—Sube conmigo al coche, Marcela—dijo á la pobre mujer que lloraba amargamente.

Obedeció ésta, y el joven Barón se dejó caer en los almohadones, depositando á la niña en los brazos de la anciana; pero guardó entre las suyas una mano de la pobre huerfanita como para protegerla aun en medio de su letargo.